

*Hermandad de la Universidad de Barcelona
y la Universidad Nacional Autónoma de México:
herencia y actualidad de una misma tradición**

Juan Ramón de la Fuente

Señor doctor don Joan Tugores Ques, rector de la Universidad de Barcelona, distinguido Claustro Universitario:

La universidad moderna no puede reducirse ya exclusivamente a sus actividades de docencia o de investigación. Ha de ampliar su capacidad para compartir y colaborar con instituciones hermanas que le aportan proyectos, ideas, conceptos, e incluso emociones nuevas; todo ello dentro de la esperanza de un crecimiento común.

Siempre es grata la realización de un convenio como el que hemos firmado hace unos minutos. Pero en este caso, para la Universidad Nacional Autónoma de México resulta especialmente honroso y estimulante en más de un sentido. En primer lugar, por el significado mismo del espacio privilegiado donde se desarrollará la Cátedra Joaquín Xirau, un espacio idóneo para el intercambio académico al más alto nivel, el cual permitirá a los más eminentes catedráticos mexicanos impartir cursos y conferencias en la Universidad de Barcelona, así como realizar otros importantes proyectos académicos.

En el marco del Convenio General de Colaboración Académica, Científica y Cultural, que ambas instituciones tuvimos el gusto de refrendar hace apenas unos meses, y cuyo objeto ha sido, desde hace varias décadas, intercambiar experiencias y personal en los campos de la docencia, la investigación y la difusión de la cultura, esta ceremonia representa el nacimiento del primer fruto de la que esperamos sea una larga cosecha.

* Conferencia magistral del doctor Juan Ramón de la Fuente, rector de la Universidad Nacional Autónoma de México, pronunciada en la ceremonia de instalación de la Cátedra Joaquín Xirau en la Universidad de Barcelona, el 26 de octubre de 2001.

Pero además del convenio mismo, que estrecha vínculos y entrelaza mundos, son motivo de gran regocijo para la Universidad Nacional el nombre y el significado de esta cátedra.

Joaquín Xirau fue uno de los filósofos más importantes que llegaron a México con motivo de la Guerra civil española en 1939.

Nacido en Figueras, capital del Alto Ampurdá, en 1895, Joaquín Xirau, alumno distinguido de Jaime Serra Húnter, se licenció en Filosofía y Letras, así como en Derecho y Ciencias Sociales precisamente en estos recintos que ahora nos acogen, en la Universidad de Barcelona. Y se doctoró posteriormente en Madrid, en Filosofía y en Derecho.

Xirau formaba parte de la segunda generación de filósofos catalanes —junto a Luis Recaséns Siches y Juan Roura Parella—, que influyó notablemente en Eduardo Nicol, Ferrater Mora, Manuel Durán, y su propio hijo, el muy admirado y querido Ramón Xirau. Todos ellos son muestra viva del espíritu que la sangre catalana ha sembrado en tierras mexicanas.

Joaquín Xirau fue profesor de la Universidad de Salamanca, de la Universidad de Zaragoza y de la propia Universidad de Barcelona. Impartió clases en Oxford, y en 1933 fue nombrado decano de la Facultad de Filosofía y Letras de su *alma mater*, cargo que ejerció hasta el último mes de la guerra.

En 1939, como tantos otros intelectuales que se vieron obligados a ello, Joaquín Xirau sale de España y recibe asilo en México por parte del gobierno del presidente Lázaro Cárdenas. En los siguientes años, hasta su muerte acaecida en 1946, Xirau intervino en las actividades de grandes instituciones culturales como la Casa de España —que actualmente es El Colegio de México—, y en nuestra Universidad Nacional, donde participó muy especialmente en la Facultad de Filosofía y Letras. Allí impartió cursos, seminarios y conferencias hasta los últimos días de su vida. Colaboró también con el Centro que hoy es el Instituto de Investigaciones Filosóficas, donde publicó la monografía *Lo fugaz y lo eterno*, e intervino en la publicación colectiva *Homenaje a Bergson*, junto a José Gaos, Eduardo Nicol, Samuel Ramos y José Vasconcelos; es decir, junto a varios de los pensadores que, como él, enriquecieron la tradición filosófica de México en el siglo xx.

Xirau fue también consejero del secretario de Educación Pública, y contribuyó a la fundación del Instituto Francés de América Latina. Tuvo discípulos muy cercanos, como Leopoldo Zea, Emilio Uranga, Bernabé Navarro, Raúl Enríquez y Manuel Durán.

Dicen los que tuvieron la fortuna de conocerlo, que Joaquín Xirau daba sus clases con verdadero “nervio” y pasión, que no excluían, sino acrecentaban, el análisis detallado y preciso. Éstas eran las manifestaciones visibles de un amplio pensamiento que abarcó e interpretó a autores tan diversos como Descartes y Husserl, Rousseau y Bergson, Bertrand Russell y Juan Luis Vives.

A juicio de autores contemporáneos, la obra de Xirau conduce a una *ciudad de dios*, en la que ponía sus esperanzas. Para él, el Ser no existe en sí, sino que es movimiento y dinamicidad. Lo mismo sucede con el Valor. Ser y Valor se conjugan para que el Ser adquiera vida y el Valor adquiera, a su vez, carne y objetividad. Esta relación dinámica se alcanza principalmente por medio del *eros*. “La actitud amorosa —decía— es una realidad específica”.

Joaquín Xirau elaboró una teoría educativa basada en la mayéutica, que hoy resulta reveladora. Para él, educar es, sólo parcialmente, instruir. Porque educar es, ante todo, lograr que el hombre haga surgir de su conciencia las ideas y vivencias que le son propias; esto es, su verdadera identidad. Por ello, educación es a la vez tolerancia y disciplina: es “alimentar” y “fomentar” las “fuentes de la vida”, es decir, “vivificar el espíritu”.

Educar, para Xirau, es amar, por eso es necesario que el educando sienta la “simpatía” de quien lo educa. En este sentido, le gustaba citar a Ramón Llull, cuando afirma: “el amor ha sido creador para pensar”.

El nombre de la cátedra que hoy inauguramos no podía haber sido elegido con mayor justicia: Joaquín Xirau simboliza al mismo tiempo lo mejor de la inteligencia catalana y el fruto de la comunicación entre dos culturas, América y Europa; evoca la sólida tradición de la filosofía y también la apertura de sus nuevos cauces. Joaquín Xirau es tradición y vanguardia del pensamiento contemporáneo, que ofrece buenos augurios para los humanistas y los científicos que vendrán.

Otro motivo más del regocijo que hoy nos acompaña es estar con ustedes aquí, universitarios barceloneses, en esta Cataluña rica en historia y cultura; en esta ciudad magnífica donde el pasado parece brotar de cada plaza, de cada monumento y cada callejuela. Aquí, donde lo antiguo y lo moderno se trenzan, y donde es posible encontrar, junto a vetustas iglesias y ondulantes callejones, las formas exuberantes a que dio vida la portentosa imaginación de Gaudí, o un Colón que desde su alto pedestal parece mirar hacia el “nuevo mundo”.

La cultura catalana floreció, lo sabemos, antes que la castellana. Cuando los reinos de Castilla y Aragón aún libraban largas y penosas batallas de reconquista ante los árabes, Cataluña mostraba ya un importante movimiento financiero, industrial y comercial. Barcelona era desde entonces uno de los principales puertos del Mediterráneo, ciudad de instituciones y de leyes, que propició el avance intelectual de los catalanes que aún hoy nos deslumbra.

En América, y específicamente en México, los catalanes constituyeron un grupo reducido dentro del conglomerado de soldados provenientes de España. Es de destacar, sin embargo, la labor de exploradores como Joan Peres, quien realizó importantes descubrimientos a lo largo de la costa del océano Pacífico, en un territorio que actualmente pertenece a Estados Unidos y Ca-

nadá, y de misioneros como fray Junípero Serra, quien hizo una espléndida labor de evangelización en la Nueva España.

A lo largo de los siglos, algunos catalanes distinguidos ayudaron a la formación del México que hoy conocemos. Tres nombres lo ejemplifican: Jaime Nunó Roca, autor de la música de nuestro Himno Nacional; Santiago Rebull, pintor de gran influencia en los artistas plásticos de México, y Pelegrí Clavé, quien fue director de la Academia de San Carlos.

Pero fue a fines de la década de los años treinta, a causa de la Guerra civil española, cuando un grupo numeroso de catalanes se estableció en nuestro país y contribuyó de manera notable no sólo al progreso cultural e intelectual de México, sino a su desarrollo económico y social. Su trascendencia es incuestionable y fue fructífera. Su visión del mundo llenó de nobleza y amor por el trabajo a la sociedad y a las instituciones mexicanas.

Mas de ese contingente fecundo de catalanes, quiero destacar cuatro grupos que dejaron una honda huella en la mentalidad y el horizonte cultural de los mexicanos. Me refiero a los artistas, a los editores, a los pensadores y a los maestros.

Pintores como Remedios Varo, Marta Palau, Vicente Rojo, Francisco Moreno Capdevila y Benito Messeguer Villoro; escritores como María Luisa Algarra, Pedro Pagés —mejor conocido con el seudónimo de Víctor Alba—, y Agustí Bartra, cuya antología y traducción de la *Poesía norteamericana* fue un éxito editorial en nuestra Universidad; músicos como Mariano Ballester; actores como Rafael Banquells, y escultores como Ángel Tarrach Barribia.

Si hablamos del ámbito editorial, quién podría olvidar a Bartolomé Costa Amic, Antonio López y Llausas, Abelardo Fábrega y Esteba, Fidel Miró Solanes, Martí Soler Vinyes, y tantos otros héroes de la imprenta, la tinta y la caja de tipos móviles, del linotipo y la máquina *offset*.

En cuanto a los pensadores, la lista es tan larga que sólo podemos destacar una pequeña muestra con nombres de antropólogos como Juan Comas y Ángel Palerm, matemáticos y hombres de ciencia como Marcelo Santaló, filósofos como Eduardo Nicol y Luis Villoro, lingüistas como José Pascual Buxó. Merecen también una mención especial dos ex rectores de la Universidad de Barcelona, Jaime Serra Hunter, filósofo, y Pedro Bosch-Gimpera, historiador, quienes también vertieron sus valiosas experiencias en el ámbito universitario mexicano.

El caso de los maestros es vastísimo y admirable. No es posible elaborar una lista de nombres y acciones, por completa que fuera, capaz de darnos una idea cabal de la importancia que este sector representó para los mexicanos y en particular para la UNAM. Maestros catalanes de todas las áreas dejaron su impronta en muchas generaciones de estudiantes, quienes, junto con las enseñanzas sobre ciencias, humanidades y artes, abrevaron de sus profesores

una manera de ser, de percibir, de mirar, y hasta de soñar el mundo. Cuántas generaciones de alumnos mexicanos tienen que agradecer no sólo el haber sido dotados de nuevos conocimientos, sino el incuestionable ensanchamiento de su espíritu, impregnado desde el magisterio catalán por una amplia y emotiva visión del mundo.

Lo que surgió en México tras la llegada de los exiliados catalanes fue un intercambio mutuamente enriquecedor, en el que cada uno —el mexicano y el catalán, el ímpetu esperanzador de la nueva tierra y el alma curtida y noble de la antigua—, dio al otro lo mejor de sí mismo.

Esta realidad fue expresada con contundencia, hace cerca de sesenta años, por el editor Bartolomé Costa Amic quien, al enterarse de que los falangistas habían quemado delante de Santa María del Mar 18 mil libros de la colección *Clásics Catalans*, obtuvo de la biblioteca del Congreso de Washington microfilmes que le permitieron reeditar las obras dentro de una nueva colección. Rescataba así la literatura de los autores clásicos, con ediciones realizadas en México. Pero con este trabajo de rescate estaba haciendo algo más que preservar la simple memoria de una antigua cultura. Cuando el presidente mexicano Ávila Camacho acudió a la feria del libro donde Costa Amic exponía a los clásicos catalanes, el editor le dijo: “Señor presidente, ustedes han hecho más que darnos asilo a nosotros, los catalanes. Han dado ustedes asilo al espíritu de un pueblo, porque eso, y no otra cosa, es la literatura: el espíritu de un pueblo”.

A ese mismo espíritu se refiere la frase que inspira el lema de la Universidad Nacional Autónoma de México, un lema que dibuja la historia y el destino de nuestra institución: “Por mi raza hablará el espíritu”, y que resume una tradición cultural de 450 años, a través de los cuales la Universidad mexicana ha podido sobrevivir a los avatares de la política, las guerras y las revoluciones, a las crisis y los cuestionamientos.

Como la Universidad de Barcelona, la Universidad de México atravesó tiempos difíciles el siglo XIX y fue hasta su refundación, en 1910, bajo el nombre de Universidad Nacional de México, cuando recobró su capacidad de actuar de manera determinante en el destino y la identidad de la nación.

La Universidad encabeza desde entonces —con las armas aurales de la educación— los anhelos de democracia, justicia social e igualdad en la libertad de la sociedad mexicana, y mantiene, hoy como siempre, su indudable compromiso social.

Resurgida en los albores de la Revolución que determinó el rumbo del México del siglo XX, asumió desde un principio la tarea de solucionar los grandes problemas nacionales. De hecho su consolidación, que ocurrió entre 1910 y 1920, y la efervescencia que la caracterizó a principios de los años veinte —cuando el rector José Vasconcelos modificó la configuración de la

política educativa y cultural de México—, estuvieron muy ligadas al movimiento revolucionario, sus demandas y sus acontecimientos.

Por eso nuestra Universidad, ahora Nacional y Autónoma, ha sido y es, ante todo, un proyecto social de gran envergadura; con sus permanentes luchas por consumarse como fuente del pensamiento libertario y conciencia crítica de la nación, y con el compromiso indeclinable de sostener los ideales de la supremacía del espíritu, de la cultura y de la dignidad humana.

Las luchas históricas de la Universidad Nacional tienen, pues, mucho en común con los avances de la Universidad de Barcelona. Sabemos que la intelectualidad y la comunidad estudiantil de esta gran institución estuvieron muy ligadas con la caída de la dictadura en España, suceso que reabrió la polémica sobre la necesidad de la reforma universitaria. Sólo un año después de que en México una activa generación de universitarios ganara la autonomía para nuestra institución, el año de 1929, en España el Real Decreto del 29 de septiembre de 1930, firmado por el nuevo ministro Tormo, reabría el camino de la autonomía.

Con el novedoso proyecto se creó un Comisariado para regir de manera provisional a la Universidad de Barcelona y para preparar un Estatuto que tendría que someterse al nuevo poder catalán, a la República, y a la nueva legalidad constitucional. Así, fue permitido el establecimiento de planes de estudio flexibles y diferenciados según las facultades, y compuestos por una larga lista abierta de asignaturas, conferencias y prácticas que tenía que ir escogiendo el alumno con un respetable margen de libertad.

De forma similar en México, durante el rectorado de Alfonso Pruneda entre 1924 y 1928, se estableció un sistema que permitía, además de la libre elección de cursos según los intereses y las necesidades de cada estudiante, la aceptación de muchísimos alumnos oyentes, que sin necesidad de estar inscritos de manera oficial, podían tomar clases en las aulas universitarias para enriquecer sus conocimientos y desarrollar su espíritu. Asimismo, de acuerdo con los avances sociales propiciados por el movimiento revolucionario, el rectorado de Pruneda desarrolló de manera preponderante la extensión universitaria, y se aseguró de que tuvieran acceso gratuito a los estudios superiores todos aquellos aspirantes que no pudieran pagar por la educación que recibían.

Así, podemos considerar paralelos en muchos sentidos la historia y el funcionamiento que han seguido nuestras instituciones, semejantes sus objetivos y los instrumentos con los que ambas enfrentan el porvenir. La Universidad de Barcelona es hoy la más antigua y la más completa, en cuanto al número de disciplinas, de las universidades existentes en Cataluña. Esto es bien conocido en México, y no es gratuito, por todo ello, que se continúe impartiendo el idioma catalán en el Centro de Enseñanza de Lenguas Extranjeras de la UNAM.

Pero la Universidad de Barcelona es también la institución que reúne el mayor conjunto de centros públicos dedicados a la formación superior y a la investigación, y su nivel de calidad la sitúa entre las mejores instituciones homólogas de Europa. Al igual que nuestra Universidad Nacional, lleva a cabo una formación humana integral mediante la organización de actividades de creación, conservación, transmisión y aplicación de conocimientos.

Nuestra Universidad Nacional, al igual que la de Barcelona, ha recogido la herencia de ser la principal universidad pública de nuestro país. Es la que acoge a más estudiantes, y la que genera la más amplia y completa oferta formativa. Ambas instituciones constituyen, respectivamente, en México y en España, el principal centro de investigación universitario nacional, y en el caso de Barcelona, uno de los principales de Europa, tanto por el número de programas de investigación como por la excelencia conseguida en este campo.

Debido a esta oferta, lo sabemos, la Universidad de Barcelona ha contribuido decididamente a la democratización del saber de diversas generaciones de ciudadanos y ciudadanas de Cataluña y del resto de España. Sus aulas acogen también a un buen número de estudiantes de todo el mundo que acuden para completar su formación. Lo mismo podemos decir de la nuestra, cuya amplitud de grados y posgrados la colocan como uno de los centros educativos más importantes de América Latina.

De cara al porvenir, universitarios barceloneses, universitarios mexicanos, la misión de la Universidad de Barcelona y de la Universidad Nacional Autónoma de México es la misma: formar el capital humano que necesitan las sociedades democráticas avanzadas.

Señoras y señores universitarios, distinguido Claustro, compañeros todos:

He expuesto ante ustedes el honroso privilegio que significa para mí representar a la Universidad Nacional Autónoma de México en esta ceremonia. Los motivos, como pueden ustedes apreciar, son numerosos y significativos.

Lo más grato, sin embargo, es saber que cada vez más —ahora como siempre y cada vez con mayor cercanía—, los destinos de nuestras universidades están íntimamente ligados. Así miramos el provenir y así construimos la esperanza. La Cátedra Joaquín Xirau abre hoy una nueva posibilidad, amplia, enriquecedora y de alto nivel para contribuir al desarrollo de nuestras casas de estudio y de nuestras sociedades. Hacemos justicia así al pensamiento vivo de Joaquín Xirau, de los catalanes, y de don Pedro Bosch-Gimpera, quien escribió: “Ningún pueblo podrá tener su plena madurez sin una universidad identificada con él”: “Cap poble no pot tenir la seva plena maduresa sense una universitat identificada amb ell”.

“Por mi raza hablará el espíritu”